Venecia en 1816, era la XXXIII. Tan asombrosa aceptacion, y el fruto que la almas piadosas y devotas han recogido y recogen todos los dias, nos hacen esperar que el presente opúsculo será recibido con no menos gusto, y leido con igual provecho.

En todas sus páginas se encontrará la misma sólida y segura doctrina, tomada de las mismas fuentes, la misma claridad, la misma precision, aquella misma admirable discrecion en fijar los límites de la virtud y del vicio, en mandar, en aconsejar, variando, sí, las formas segun los diversos estados, pero conservando siempre inmutable la sustancia y la base de la perfeccion cristiana, que consiste enteramente en el amor de Dios, y en el cumplimiento de su santa voluntad. Y aun este opúsculo tiene sobre el otro la ventaja que, así como las primeras instrucciones se dirigian principalmente á una clase particular de personas, estas son de un uso mucho mas estenso, pues tratan de los deberes generales del hombre cristiano bajo todos los respectos, y de consiguiente el fruto que debe producir será tambien mucho mas general.

Algunos pensarán tal vez que nuestro autor ha sido un poco mas fácil é indulgente de lo que creen compatible con la severidad del Evangelio ó con las terribles verdades que contiene. La misma in-

culpacion se hizo á San Francisco de Sales, sin que este gran santo, tan ilustrado en las miras de Dios, creyese por esto deber apartarse de este sistema de dulzura y de moderacion, que la esperiencia, y mas aun, el espíritu del Señor le habian hecho considerar como el mejor para conducir las almas. Los títulos de estos dos opúsculos manifiestan lo bastante el fin que se propone el autor, y cuán destituidos están de fundamento semejantes temores. Yo me dirijo, pudiera decir con el santo obispo, *á una alma que deseando consagrarse á la devocion, aspire al amor de Dios. Dirijo mis palabras á Filotea, porque proponiéndome hacer estensiva á la comun utilidad de muchas almas lo que habia escrito para una sola, le doy un nombre que es comun á todas las que quieren ser devotas.*

En efecto, habiendo el autor recorrido toda la Italia, ejerció por el espacio de cuarenta años el ministerio apostólico: donde quiera se le admiraba por la riqueza y nervio de su elocuencia, que iba en él acompañada de todas las cualidades propias de un orador consumado; todo el mundo fué asimismo testigo de su zelo y de su doctrina, que fueron tales como debia esperarse de un orador sagrado y de un ministro del Evangelio. Lejos de lisonjear los vicios y el desarreglo de las costumbres, ¿con qué elo-

cuencia no ha pintado los primeros bajo su odioso aspecto, con qué abundancia de doctrina no ha defendido la pureza del Evangelio, ya contra los sofismas de los incrédulos, ya contra los corruptores de la moral cristiana? ¿Con qué apostólica libertad delante de los grandes y del pueblo, no trata los mas delicados deberes impuestos á los discípulos de un Dios pobre y crucificado? ¿Con qué prudencia aprovecha las ocasiones mas oportunas para inculcar la severidad del Evangelio é inspirar un justo terror de los juicios de Dios, con el fin de escitar á los tibios, y despertar á los pecadores? Mas los deberes de una persona pública no son los mismos que de una persona particular. Las fuertes lluvias que hacen reverdecer las áridas campiñas, abaten con su peso las flores delicadas de los jardines; y los remedios que convienen á constituciones robustas ó á inveteradas dolencias, serian fatales á la flaqueza de otros temperamentos; y si se aplicasen á las pequeñas incomodidades de que adolece casi siempre la naturaleza humana, serian por lo comun mas peligrosos que el mal mismo contra el cual estarian destinados.

Algunos artículos parecerán tal vez tocados apenas ó como de paso; pero á mas de no hallarse faltar nada de lo necesario á la materia de que se

trata, es menester acordarse que las mismas materias fueron tratadas con la debida separacion y estensamente en sus *Instrucciones ó documentos para ilustrar las almas piadosas*, á cuya obrita podrá consultarse *cuando se crea oportuno.* Hasta aquí el editor frances.

En cuanto á esta traduccion, hecha del original italiano, y en vista de la traduccion en frances del señor abate L. . . D., he seguido la máxima que en materias de este género me parece mejor, tal es el conservar sin nuevos giros ni forzadas contorsiones el natural y sencillo tejido de las cláusulas y la fluida facilidad del lenguage en cuanto lo permite el genio del idioma. En el estilo vehemente ó arrebatado en que la diccion ha de seguir los transportes ó ráfagas de la fantasía, el traductor se ve forzado mas á menudo á descarnar la idea y vestirla con el ropage brillante que su lengua le ofrece, para anivelar en lo posible la fuerza ó la belleza de la espresion original con la espresion trasladada. Mas en materias ascéticas, en que campea la sencillez de la doctrina con la apacible simplicidad del sentimiento, no es preciso ni adecuado valerse de los recursos que ofrece al hábil traductor la lengua en que traduce: basta concebir bien la idea para espresarla sin esfuerzo en el mismo candor del original.

Al fin de la traduccion francesa van añadidas por el editor las lecturas espirituales para los dias del mes, sacadas con esquisita eleccion de los documentos mismos de los Santos Padres. Es por demas ponderar el abundante y precioso tesoro que se encierra en tan cortas líneas, dictadas por los primeros maestros de la moral cristiana y respetables doctores de la Religion. Cada una de sus máximas, á manera de semilla fecunda, puede germinar asombrosamente en un espíritu dócil y bien preparado, dando frutos incalculables de sabiduría y de virtud. Son arroyos purísimos emanados de la fuente de vida del Evangelio.

Por fin, este librito ni puede desagradar al carácter descontentadizo del siglo, con tal que no sea hostil á la Religion. Presenta la virtud por su aspecto mas amable; y santificando los mas puros y nobles sentimientos de la naturaleza, llama apaciblemente á las almas al suavísimo yugo de Jesucristo, única felicidad real á que puede aspirar el hombre sobre la tierra.

INSTRUCCIONES PRACTICAS

PARA

VIVIR CRISTIANAMENTE EN EL MUNDO.

PRIMERA PARTE.

Deberes hácia Dios.

Los deberes de un cristiano hácia Dios se reducen al ejercicio de la religion, y por consiguiente consisten en desempeñar con perfeccion principalmente las prácticas siguientes: *Oracion, Misa, Confesion, Comunion, Lectura espiritual, Santificacion de las fiestas.* Recorramos rápidamente y por su órden cada uno de estos deberes.

I.

Oracion.

1. La súplica es el medio ordinario por el cual el Señor nos comunica sus gracias. *La oracion,* dice San Agustin, *sube del hombre á Dios, y la gracia baja de Dios al hombre..*

2. Mas todo tiene su medida y sus límites. Cuando las Santas Escrituras nos mandan rogar incesantemente, este precepto no debe entenderse de la oracion actual, lo que seria imposible para el hombre en este mundo, sino del deseo de glorificar á Dios en todas nuestras acciones, el cual debe ser permanente. Por esto dice San Agustin: *Si tu deseo es frecuente, tu oracion será frecuente: si tu deseo es continuo, tu oracion será continua.* (1).

3. La medida y la duracion de nuestra súplica ha de regularse segun la situacion de nuestro espíritu, y las ocupaciones de nuestro estado.

4. El que prolonga la oracion hasta el punto de sobrecargar y fastidiar el espíritu, se opone al objeto mismo de la oracion, que es el hacerle arder en deseos de glorificar al Señor. Graben en su memoria esta doctrina luminosamente demostrada por el Angel de las escuelas, aquellas personas, buenas de otra parte, que por el esceso de su oracion agobian su espíritu en vez de aliviarle. El hombre sobrio y prudente, cesa de comer cuando acaba el apetito, ó cuando siente cargado el estómago, por sanos, por sabrosos, por delicados que sean los manjares que tuene á la vista. (2).

5. No deben jamas omitirse las ocupaciones necesarias al propio estado para orar de propio capricho. Dice Santo Tomás, que quien se ocupa conforme á su deber y á la voluntad de Dios, recibe del Señor las gracias de que necesita, aun sin la frecuente oracion, cuyas veces hacen la ocupacion y el trabajo. Y es mas meritorio el trabajar por amor de Dios, que pasar el tiempo pensando en Dios, que es todo lo que se hace en la oracion.

6. No procureis mas que todo, aumentar el nú-

mero de las oraciones vocales; cuidad mas bien de santificarlas, recitándolas detenidamente y con toda reflexion. No es la cantidad del alimento, sino un alimento bien digerido lo que da vigor al cuerpo. *Nuestro ámor propio*, dice San Francisco de Sales, *es un borrador en grande, abraza muchas materias, y ninguna perfecciona.*

El hombre sabio y prudente hace pocas cosas y bien; el atolondrado y vanidoso hace muchas y mal.

ADICIONES.

(1). Dice San Bernardo, que es indigno de tan alta Magestad el dejarse hallar, á menos que no se le busque con un corazon perfecto, y el corazon perfecto es el que no se cansa jamás de buscar á Dios. Así que, nos asegura San Agustin, que no podemos ser dignos de obtener en la oracion lo que pedimos, si no lo buscamos con aquella asiduidad y paciencia de que es digno un bien tan grande.

Apliquémonos esta regla, y hagámonos, mal que le pese á nuestro amor propio, rigurosa justicia. ¿Nos admiraremos que Dios nos deje tan á menudo en un estado de oscuridad, de disgusto ó de tentacion? Las pruebas purifican las almas humildes, sirven para expiar las faltas de las infieles, y confunden á las que hasta en la oracion quieren lisonjear su vanidad y su orgullo.

Si una alma inocente, desasida de las criaturas y aplicada asiduamente á Dios, sufriese crudezas interiores, deberia humillarse, adorar los designios de Dios sobre ella, redoblar sus plegarias y su fervor. Y ¿cómo personas que tienen que acusarse todos los dias de infidelidades continuas, osarán quejarse que Dios les niega sus comunicaciones? ¿No deben mas bien confesar que sus pecados, segun la espresion de la Escritura, han forma-

do entre el cielo y ellos una densa masa de tinieblas, y que Dios se les oculta muy justamente?

¿No nos ha buscado Dios mil veces en nuestros estravíos? Ah! ¿y no le hemos sido otras mil veces ingratos? ¿no nos hemos hecho sordos á su voz, é insensibles á sus bondades? El quiere tambien hacernos conocer á su vez cuán ciegos, cuán miserables éramos en huir de él: despues de haberse cansado de prevenirnos, quiere que al fin le prevengamos nosotros, y nos obliga á comprar con nuestra paciencia los favores que otras veces nos prodigara, y cuyo precio no conociamos. ¿No es una vanidad y una vergonzosa delicadeza sufrir con impaciencia un comportamiento igual al que con él hemos tenido? ¡Cuánto nos ha esperado! ¿Y no es justo que se haga esperar un poco?

(2). La oracion es el principal ejercicio, es el alma, es la vida de la fe, es la que nos une á lo que creemos, la que nos acerca á los objetos de nuestra fe, nos los pone á la vista, nos los hace gustar, les da cuerpo y realidad, haciendo desaparecer las cosas sensibles, y formando presentes las eternas, aunque futuras.

El conocimiento que de Dios teneis es muy imperfecto. Os lo figurais muy diferente de lo que es; vivís con él como un desconocido ó estranjero; no comprendeis ni su sabiduría ni su bondad; os portais con él con un disimulo, con una reserva, con un embarazo, con un corazon angustiado y mezquino, muy al contrario del respeto, de la confianza y del amor que le debeis. Os formais de él un ídolo, y no un verdadero Dios. Le servis como á un dueño impertinente, siendo el Padre de las misericordias. Llevais en fin un yugo de hierro en vez del de Jesucristo, que es tan ligero y tan dulce. Mas no me admira: tan solo el espíritu de Dios, segun San Pablo, puede hacernos entrar en los secretos y en los designios de Dios. Y Dios es el único que puede darse á conocer á sí mismo, así como no hay luz que pueda mostrarnos

el sol sino la del mismo sol, y en la oracion tan solo es en donde Dios se comunica al alma. Habla en el silencio, porque quiere hablar solo: nos instruye en medio del reposo: muéstrasenos como á Moises y á Elias, en la soledad y en el desierto, y acércase á los que le invocan con ardor y humildad: manifiéstase á los que para merecerlo purifican su corazon, les ilustra, se constituye su maestro interior, les enseña por sí mismo. En vano nos enseñarán todos los hombres, si él no se digna hacerlo.

[*Conducta de una señora cristiana.*]

II.

Meditacion.

1. La meditacion es la antorcha del alma y el consuelo del espíritu. David, hablando del espíritu, se espresa así: *Gracias á la meditacion, se inflamó mi pecho, y en él se ha encendido el fuego de la caridad.*

2. Preciso es hacer cada dia media hora de meditacion, á menos que alguna falta de salud ú ocupacion estraordinaria, nos impidan dedicarnos á este santo ejercicio.

3. El asunto de la meditacion, debe prevenirse en la noche de la víspera ó antes de empezarla. Así será mas fácil al espíritu aplicarse al asunto ya preparado.

4. Conviene por lo comun que el asunto de la meditacion sugiera ideas que esciten la confianza y el amor de Dios, y rara vez pueden ser útiles á vuestro espíritu asuntos de terror. Podeis aplicaros lo que decia San Francisco de Sales á una señora ilustre: *Os prohibo meditar sobre la muerte, el juicio,*

el infierno, que si bien son escelentes asuntos para inspirar un terror saludable, no convienen á vuestra alma, á la que aterrorizan mas quizá de lo que fuera necesario.

5. Tampoco conviene escoger un asunto de meditacion demasiado vasto. Sea limitado, pero que dé lugar á profundas reflexiones. Y en esto debe seguirse el consejo de los mas sabios doctores, los cuales enseñan que cuando meditemos, hemos de detenernos mas en los afectos del corazon que en las reflexiones del espíritu; porque la reflexion es el medio, y el afecto es el fin.

6. Adviértase tambien, que la meditacion se debe hacer con recogimiento y tranquilidad de espíritu, pero sin ansiedad ni escesivo temor de distraerse. La distraccion involuntaria nos da un doble mérito: primero el de la penitencia, porque sufre mucho el espíritu cuando no podemos conservarnos recogidos delante de Dios, lo cual obligaba á decir á Santa Teresa: *Si yo no ruego, hago penitencia.*

El otro mérito es el de la súplica misma; porque Dios recompensa el deseo tanto como la obra, cuantas veces su ejecucion no está en nuestro poder.

7. Será tambien de un grande consuelo recordarse la siguiente máxima de San Francisco de Sales: *Ya es una muy buena oracion estar con paz y tranquilidad en la presencia del Señor y á sus ojos, sin desear ni pretender otra cosa, sino estar con él y agradarle.*

Cuando el niño está sobre las rodillas de la madre, no habla palabra; pero sus cariñosas miradas lo dicen todo, y espresa mejor que hablando cuánto le place permanecer en sus brazos.

8. Al fin de la meditacion no es necesario hacer muchas resoluciones: vale mas repetir las mismas, esto es, las que principalmente se refieren á la pasion dominante, pues el gran número de resoluciones serviria mas para embarazar el espíritu que para mejorarle. Ordinariamente el que promete mucho, cumple poco. (1)

9. Segun Santa Teresa, la meditacion ha de hacerse en una postura cómoda, para que el espíritu no se disipe, y pueda dedicarse todo á la plegaria y á Dios. No os fatigueis, pues, estando mucho tiempo de rodillas; basta que esté postrado el espíritu, es decir, que esté á la presencia del Señor, penetrado profundamente de sentimientos de respeto, de amor y de confinza.

ADICIONES.

(1) Mas ¿cómo rogareis? San Pablo os lo enseña en dos palabras: *Yo rogaré*, dice, *con el corazon y con el espíritu;* esto es, juntaré el sentimiento y el amor al pensamiento y á la inteligencia. Esto decia el Hijo de Dios á la muger de Samaria, *que habia llegado el tiempo en que los verdaderos adoradores de su Padre le adorarian con espíritu y en verdad.* La súplica y la adoracion parten de un mismo principio: hónrase á Dios cuando se le ruega, segun lo dice él mismo por un profeta: Me invocaréis, é implorando mi socorro, me daréis el honor que me es debido.

Mas como no se adora á Dios sino amándole, segun San Agustin, tampoco se le ruega sino por el amor; y no se logra que nos oiga sinó por la vida de la caridad, segun el mismo padre. „El amor es el que busca, el „amor es el que llama á la puerta. La caridad, dice en „otra parte, es la misma que clama, la que gime, la que „ruega, y Dios que la derramó en nuestro corazon, no le

„cerrará los oidos. Así como la boca habla á los hom-
„bres, el corazon habla á Dios." Por ruido que se meta
esteriormente, por santos que sean los pensamientos, por
tiernas que sean las preces que se recitan, si el corazon
no habla, todo es mudo; porque Dios no escucha sino el
corazon, y el corazon no habla sino por la caridad.

[*Conducta de una señora cristiana.*]

III.

Oraciones jaculatorias.

1. Las oraciones jaculatorias son cortísimas aspiraciones, rápidos y amorosos deliquios, que elevan el alma hácia Dios. De ellas dice San Francisco de Sales, que suplen la falta de todas las demas oraciones, mientras que todas las demas oraciones no suplen la falta de ellas.

2. En todo tiempo, en todo lugar, durante una ocupacion cualquiera, puede echarse mano de las jaculatorias: como se hace con los dulces ó pastillas aromáticas para endulzar la boca ó para confortar el estómago, así se emplean con frecuencia las oraciones jaculatorias para recrear el espíritu.

3. Los antiguos monges, de quienes habla San Agustin escribiendo á Probo, no podian hacer largas oraciones, porque habian de procurarse su sustento trabajando todo el dia. El uso frecuente de las jaculatorias reemplazaba las demas oraciones, pudiendo decir que rogaban de continuo, mientras que de continuo trabajaban.

4. Deseo ardientemente que cuideis mucho de emplear con la mayor frecuencia posible esta fácil é importante oracion, mucho mas útil que un gran

número de otras preces vocales, cuya multiplicidad sirve mas para fatigar la lengua, que para ilustrar y reanimar el espíritu.

IV.

Misa.

1. En la misa se renueva el mismo sacrificio que consumó Jesus sobre la cruz, con la sola diferencia que el sacrificio de la cruz fué acompañado de efusion de sangre, y en el de la misa no hay semejante efusion. (1)

2. Con este incruento sacrificio se cumplen cuatro especies de deberes, que unen al hombre con Dios, segun Santo Tomás, á saber: 1.° honrar su grandeza y su magestad: 2.° expiar las faltas cometidas: 3.° dar gracias al Señor por los beneficios que nos ha dispensado: 4.° pedirle las gracias que necesitamos.

3. La misa es de un valor infinito, porque encierra los méritos de Jesucristo que son infinitos. Mas los efectos son limitados en el sentido de que se participa de aquellos, segun la mayor ó menor devocion del que la hace celebrar, ó del que asiste á ella. La mar, dice San Agustin, contiene una inmensa cantidad de agua; sin embargo, cada cual saca de ella mayor ó menor cantidad segun es capaz el vaso de que para ello se sirve. Las aguas del mar son aquí la imágen de los méritos infinitos de Jesucristo, contenidos en la misa: el vaso mayor ó menor es la devocion de los que participan del sacrificio.

4. Preciso es pues asistir á ella devotamente; y